

Quito, Dtoe / 3 / 23.

Al Sr. Dr. Dn.

Remigio Romero León

Papacito del alma:

Cuenca

Con cuánta emoción  
leí el correo de ayer...! No, no era posible que  
el perdón no viniera, disimulado en una fia-  
re de apeto... El estado de ánimo en que es-  
taba, iba a precipitarme... Mi dolor, cegado  
a fuerza de dolor, me empujaba. Sin embargo,  
algo invisible me mantenía en ecuanimidad,  
aunque mi corazón se retorcia como un pe-  
rro envenenado... Que Dios lo pague, que mi  
madre le pague, lo que hace conmigo...

Lo ougo de rodillas que  
de por no escrita mi inmediata anterior.

Era que estaba loco. Plagueaba mi fe en mi mismo, porque me creí abandonado, puesto al margen. Y, en los precisos momentos en que necesito de fortaleza, de enorme fortaleza, para no caer de bruces en el camino! Felizmente, ha pasado todo... Estoy sereno; me vuelvo a encontrar en mi antigua bondad de muchacho ingenuo, de creyente, de huérfano que aún tiene la sombra de su padre... Loado sea Dios...

Repetí, ya mejor predispuesto, mi visita a la Compañía. Lo hice solo y al caer de la noche. Esta vez, ya no fue como antes. Su Mariana de Jesús, creo que pactó conmigo algo grande, algo que me haría flotar victoriosamente...



Benditos sean Uds. y ella...

Por lo demás, no sufra por mí...  
Es cierto que en Cuenca seguí caminos de  
perdición; mas, hoy enderecé mis rumbos.  
No soy el de antes. La sociedad me sigue los  
pasos, y no ando por senderos curvados. Es-  
te mismo Quito, tan propicio a los desli-  
zamientos, nada puede aún conmigo. Tengo  
doblemente que guardar mi salud y mi honor:  
por mi padre y por mi novia... Y así lo  
cumpla religiosamente...

Escribió a María...? Ojalá tenga  
campo de hacerlo. Pobre chica: es demasiado  
sencilla, y es tan niña... Las cartas que me  
escribe son tan dulces...! Y, ahora que estoy  
lejos de ella, mido mi amor, que ha sido

grande, más grande de lo que yo mismo  
creía...

Recuerdos, afectuosos recuerdos para  
todos y cada uno de mis hermanos.

Y Ud. bendiga, con el majestuoso  
carino paternal, al humilde y pobre  
primogénito que, si hoy le da penas, aca-  
so mañana no las da, con la ayuda  
de N. S. Jesucristo y de Maria Santísi-  
ma

Su primogénito  
Remigio